

Un
amor

Alejandro
Palomas

Premio Nadal de Novela 2018

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1422

LIBRO PRIMERO

Grandes preguntas,
pequeñas respuestas 11

LIBRO SEGUNDO

Pequeños abandonos,
grandes orfandades 121

LIBRO TERCERO

Grandes compañías,
pequeñas soledades 297

Agradecimientos 461

Libro primero

Grandes preguntas,
pequeñas respuestas

I

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero entre que los preparativos de la boda se han complicado más de lo previsto y que últimamente anda más atribulada de lo normal, no ha podido ser. Ayer, cuando le pregunté si había pasado a por ellas, se dio una palmada en la frente y dejó escapar un pequeño jadeo.

—Ay —masculló con cara de circunstancias—, ya decía yo que se me olvidaba algo. —Enseguida se levantó y se ofreció a bajar a la floristería.

—No hace falta —la cortó Silvia con una sombra de fastidio en la voz. Habíamos terminado de mendrar y ayudábamos a mamá con el equipaje, intentando convencerla de que para un fin de semana en el campo tenía más que suficiente con la bolsa de lona roja—. ¿No irás a llevarte ese mamotreto horrible? —insistió Silvia, que lanzó una mirada de horror al viejo maletón de cuadros abierto encima de la cama de mamá como un ataúd—. A no ser que quieras dormir dentro —remató negando con la cabeza—. Además, no entiendo a qué viene tan-

to empeño en llevarte un ramo de flores a una casa rural.

Mamá frunció los labios y soltó un suspiro de madre sufrida.

—Pues para decorar la mesa, hija —contestó como si no entendiera que alguien preguntara algo tan obvio—. Dónde se ha visto una cena de cumpleaños sin su tarta y su centro de flores.

Silvia dejó escapar el aire por la nariz.

—Ya, mamá, pero es que vamos al campo. —Dijo «cam-po», marcando cada sílaba como si mamá fuera lela—. Y si algo sobra en el campo son flores, sobre todo en primavera. Y encima de las de verdad, no esas cosas transgénicas de invernadero que compras en el quiosco. —Mamá parpadeó y puso cara de ofendida, y Silvia dulcificó un poco el tono—. Pero, bueno, si tanta ilusión te hace lo del ramo, siempre podemos aprovechar el de Emma. Con los nervios que tiene la pobre, seguro que entre una cosa y otra se lo deja por ahí olvidado y termina perdiéndolo —añadió, mirando su reloj. Luego se levantó, se puso la chaqueta y, rebajando una décima más el tono, dijo—: O mejor: mañana, cuando llegemos al molino, salimos a dar un paseo y antes de cenar te ayudo a coger unas rosas del jardín de la iglesia, ¿te parece?

Mamá forzó una sonrisa, más dirigida a mí que a Silvia, que acompañó con una mirada de socorro en la que supe leer una súplica silenciada que seguramente habría sonado así: «Ni se te ocurra dejar que tu hermana me lleve de paseo hasta la iglesia las dos solas, por favor, Fer, *porfavortelopidoporfavor*».

Media hora más tarde —y aunque costó lo suyo porque desde que hay boda a la vista mamá está tan sobrepasada que computa lo que puede y está en modo «lo que vosotros digáis, pero hago lo que me da la gana porque, aunque me tratéis como a una niña, sigo siendo vuestra madre»—, salí de su casa convencido de que todo estaba en orden tras haberla oído jurar y perjurarse que «sí, Fer, cogeré la bolsa de lona, no te preocupes. No sé en qué estaría pensando cuando se me ha ocurrido bajar del armario esa cosa horrible». Mientras me preparaba para marcharme, ella seguía atrincherada en el sofá, detrás de la mesita de centro, sobre cuyo cristal tenía dos montones de cosas: en el de la izquierda, lo que pensaba llevarse al molino —ropa, neceser, bolsa de las compresas, pastillero, *tupper* con el pienso de Shirley, radio, gafas de repuesto, tarjetero con la tarjeta del banco, la de la seguridad social y la fotocopia del carné— y, en el de la derecha, el pequeño montón de ropa que iba a ponerse para la boda: unos mocasines Geox de ante marrón, la ropa interior, una especie de capa-fular-torera de lino violeta, los pendientes de perlas de la abuela Ester y una camisa blanca con cuello mao que yo no le había visto hasta entonces y que, según entendí, le había pedido prestada a tía Inés.

—¿No habías dicho que ibas a ponerte un vestido? —le pregunté al ver la camisa.

Una sonrisa ilusionada le iluminó la cara mientras cogía la camisa, la desdoblaba, volvía a doblarla con cuidado y la alisaba con la mano extendida.

—Ya, pero al final he decidido que mejor no.

—Nos miramos durante un instante y, al ver que yo no preguntaba, continuó—: Ay, Fer, es que ayer vi una cosa tan bonita... pero tanto, que no pude resistirme. —Y antes de dejarme hablar, añadió—: Es una cosa moderna. O sea, moderna, pero no moderna como las que usan las niñas de la plaza, con las bermudas esas que les cuelgan los bolsillos por debajo del vaquerito para que no se les vea que ya no llevan tanga ni nada. No, no, no. Es más... italiana. O sea, entre *chícster* y... ¿cómo es eso que dice Silvia? —Se tomó unos segundos para encontrar la palabra justa mientras acariciaba con los dedos el algodón de la camisa hasta que por fin dio con ella—. Empoderada. ¡Eso! ¡Tu madre va a estar em-po-de-ra-da! Ya verás. —Se puso a aplaudir solo con las yemas de los dedos como una niña y soltó una risilla—. No me vais a conocer. Y a la mayor le va a encantar.

«La mayor.» No pude reprimir una sonrisa. La mayor es, cómo no, Silvia, pero no porque sea la mayor de los tres, sino porque el día que, por tercera vez en el último año y medio, nos anunció que había decidido hacer reformas en su casa y empezó a detallar con pelos y señales todo lo que tenía en mente —«tenemos que rehacer el vestidor sí o sí, y tirar un par de tabiques que no terminan de..., y los azulejos de la cocina, no sé yo si ese tono de verde...»—, cuando por fin se marchó y pudimos respirar después de tanta pared, tanto led y tanta lista de materiales nobles / ecológicos / sostenibles, tía Inés se recostó en el sofá de mamá, se echó tres terrones de azúcar en la taza y dijo:

—Desde luego, si algún día alguien decide fundar la orden de Nuestra Señora de las Obras Mayores, llamarán a Silvia.

La respuesta de mamá fue breve:

—Sí —dijo, untando un *brioche* con mantequilla salada—. Un poco la Niña de los Tabiques sí que es.

Y, entre broma y broma, entre *brioche* y *brioche*, la cabeza de mamá, que normalmente absorbe como una esponja lo que menos le conviene, resumió a su manera el intercambio de nombres, motes y risas rebautizando desde entonces a Silvia como «la mayor» siempre que no la tiene a la vista. Eso o «tu hermana» cuando se lleva alguna bronca de ella y me llama, ofendida, para desahogarse.

En el sofá, mamá sonreía, ilusionada, imaginándose la sensación que iba a causar vestida para la boda con su estilismo sorpresa, y de nuevo tuve que disimular una sonrisa, aunque bien podría haberme ahorrado el esfuerzo, porque mamá ve ya tan poco que apenas aprecia los matices en las expresiones ajenas. «Empoderada», había dicho. Esa es una de las palabras que, en su léxico particular, exprime desde hace unos meses a tutiplén y que tía Inés detesta sobre todas las cosas. Esa y algunas más con que la abruma la actualidad —«transversal», «resiliencia» y «zona de confort», por ejemplo—. Aunque «empoderada» supera con creces al resto porque llegó por error y quien ayudó a corregirla con un éxito más o menos discutible fue ni más ni menos que el doctor Armadillo, su nuevo traumatólogo.

Lo que ocurrió fue que hace unos meses mamá se